

tonces se les había arrebatado, prometiendo que en lo sucesivo bajo ningún pretexto se confiscaría ningún templo luterano. Las relaciones jurídicas de los protestantes silesianos quedaron perfectamente reguladas reconociéndoseles la aptitud para desempeñar cargos públicos y la facultad de instituir consistorios de su comunión. De la inmediata ejecución del tratado encargó una comisión mixta de delegados suecos é imperiales (1). Además en artículos adicionales especiales estipuló Carlos XII para sí formal exención de toda contribución matricular en hombres y dinero, por sus territorios alemanes, durante la guerra del Imperio contra Francia, y para la casa Holstein-Gottorp con él emparentada, seguridad en la posesión del obispado de Lubeck.

Este convenio de Alt-Ranstadt ha sido calificado de victoria la más hermosa de cuantas alcanzó Carlos XII y única que tuvo consecuencias duraderas. En efecto, el protestantismo alemán no había obtenido desde hacía mucho tiempo las trascendentales ventajas que entonces consiguió por aquel tratado. El gobierno imperial lo cumplió lealmente (2), aunque le había sido impuesto violentamente por el celo protestante de un príncipe extranjero y poderoso que lo arrancó en plena paz y por medio de una amenaza de ejecución como si se tratara de un deudor moroso. De suerte que la victoria de la causa protestante significaba una humillación para el Imperio y para el soberano que al frente de él se encontraba: también lo fué para la vecina Prusia que, impotente y descartada de todos aquellos sucesos, fué despiadadamente abandonada por el rudo monarca sueco resentido de sus tentativas de intervención, y luego solicitó humildemente el favor y la alianza del violador de la paz del Imperio para alcanzar algo en los planes de desmembración de Polonia que con tanta frecuencia se proyectaban. El emperador José, además de todo lo expuesto, tuvo que sufrir el desagrado que en el papa Clemente XI produjo el tratado tan favorable á los herejes silesianos y que promulgar, como contrapeso, un edicto por el cual se castigaba con severas penas en Silesia el delito de apostasía y el pase de la Iglesia católica á la luterana. Conviene, empero, hacer constar que esta disposición, dictada para calmar á la curia romana, apenas fué cumplida.

El elector Augusto de Sajonia, rey de Polonia depuesto, que era el más humillado y á quien más duramente debía afectar todo lo sucedido, fué en realidad el que menos sintió la afrenta de los acontecimientos relatados, que no hicieron sino aumentar su desenfrenada afición á los placeres y á las más bajas aventuras. Considerando que la paz de Alt-Ranstadt era solo un hecho impuesto por la fuerza de las circunstancias que no excluía la posibilidad de ceñir otra vez la corona perdida, mientras esperaba que tal sucediera entregóse sin descanso á mil distintos proyectos, soñando ora con la corona de Nápoles, ora con el estatuderato de los Países Bajos ó con el gobierno de Milan, pensando, en suma, en todo menos en sus desdichados dominios sajones, los cuales explotados por su señor y por el enemigo parecían destinados solamente á proporcionarle dinero para la disipación de su ostentosa corte de Dresde y soldados para nuevas aventuras políticas.

Pero inmediatamente después de haber llegado Carlos XII y el emperador á ponerse de acuerdo sobre la cuestión sile-

(1) Este tratado está inscrito en varias obras, entre ellas en las *Memorias*, etc., de Lambert, tomo IV, pág. 473, y en el *Theatrum Europaeum*, tomo XVIII, pág. 91. Respecto de los detalles eclesiásticos y de la ejecución del convenio véanse especialmente K. A. Menzel, t. V, página 30, y Goll: *El tratado de Alt-Ranstadt*, Praga, 1879.

(2) Sobre esto véase especialmente la obra de Menzel, tan versado en esos asuntos de Silesia, tomo V, pág. 39.

siana, sonó para el electorado de Sajonia la hora de la redención, por lo menos en lo referente al enemigo extranjero. A principios de setiembre de 1707 el monarca sueco ordenó á su ejército que á marchas forzadas volviera á Polonia pasando por Silesia: en Sajonia había conquistado mucha gloria y conseguido hacer terrible su nombre, pero todo esto no equivalía ni con mucho á lo que en otros puntos había perdido. El czar ruso había aprovechado de una manera inesperada los años transcurridos desde la batalla de Narwa para reorganizar y adiestrar su ejército en sus continuas luchas contra los suecos, luchas en las cuales casi siempre venció y aprendió siempre. Pronto fué dueño de los territorios bálticos de Curlandia, Estonia y Livonia; fundó la ciudad de San Petersburgo, y los buques de guerra rusos que salían de Kronstadt recorrían el Báltico. Cuando Carlos XII se encaminó á Sajonia para perder allí un año en planes problemáticos y de interés secundario, el czar Pedro llevó á Polonia el grueso de su ejército, mucho mejor armado, instruido y dirigido que cinco años antes, y no tardó en hacerse dueño de todo el territorio hasta el Vístula. Creyendo que podía disponer de la corona polaca desde el momento en que el rey Augusto había faltado á su lealtad en el tratado de Alt-Ranstadt, ofreciósele al príncipe Eugenio de Saboya, que no la aceptó, y aun llegó á pensar, por algún tiempo, en poner en el trono vacante á su propio hijo, el czarevitz Alejo (3).

Mas cuando en el otoño de 1707 regresó á Polonia el rey sueco al frente de su temido y considerablemente reforzado ejército, cambió la situación, pues el czar Pedro, que no se creía aun con bastante fuerza para resistir en campo abierto á su gran enemigo, emprendió la retirada á Rusia, y calculando con razón que hasta allí le seguiría Carlos XII é imaginándose ya ver á los suecos á las puertas de Moscú, mandó construir nuevas fortificaciones en la antigua capital con la esperanza de que en su propio territorio, siempre funesto á los invasores, podría conseguir la victoria y con ella su salvación.

Los límites de nuestra obra no nos permiten describir las grandes luchas que allí se desarrollaron. Año y medio después, en la batalla de Pultawa (27 de junio de 1709), quedó destruido el poderío de Suecia: «ahora, por fin, se ha colocado la piedra fundamental de San Petersburgo,» escribió entonces Pedro el Grande. Del triunfo conseguido en la batalla librada en las remotas estepas de Ucrania surgió una nueva gran potencia europea cuya influencia y cuyas pretensiones se revelaron muy pronto.

Volvamos ahora á la gran guerra que seguía encendida en el Occidente de Europa por la cuestión de la sucesión española.

Los sucesivos y últimos acontecimientos de aquella lucha no se desarrollaron en territorio alemán, sino en los Países Bajos belgas. Para la campaña de 1708 habían convenido los aliados en emprender un gran ataque defensivo combinado contra Francia, según el cual operarían simultáneamente Marlborough en Bélgica, el príncipe Eugenio en Lorena adonde se dirigiría desde el Saar y el Mosela, y el ejército imperial, á cuyo frente se hallaba á la sazón el elector Jorge Luis de Hannover, en Alsacia marchando sobre ella desde el Alto Rhin.

Pero el curso de los acontecimientos modificó considerablemente este plan. El ejército imperial del elector de Hannover era, como de costumbre, poco numeroso y tenía que cubrir extensas líneas en el valle del Rhin y en la Selva

(3) Arneth: *El príncipe Eugenio de Saboya*, tomo I, pág. 420; Bruckner: *Pedro el Grande*, pág. 392.

Negra, no quedándole al general para las operaciones de campo propiamente dichas apenas 16.000 hombres y aun estos dejaban mucho que desear (1). Jorge Luis, que solo bajo la condición de ser poderosamente auxiliado con hombres y dinero había cedido á las instancias de Marlborough y Eugenio y encargábase del mando, se vió condenado á

una completa inacción; y como tenía verdadera ambición militar y sentía envidia de la nueva gloria que los otros dos caudillos conquistaban en Alsacia, indignado al ver que no se cumplían las promesas que se le habían hecho, renunció al mando supremo de las tropas imperiales y retiróse enfurecido á Hannover. El ejército imperial tuvo que agradecer



FRIDERICVS AVGVSTVS REX POLONIA RVM.
ELECTOR SAXONIAE etc. etc.

Augusto el Fuerte. Facsimile reducido del grabado de Martin Bernigeroth (1670-1733)

á la escasez de las fuerzas que Luis XIV había podido situar enfrente de él en Alsacia, el haber salido de aquella campaña sin sufrir una derrota, aunque también sin alcanzar gloria alguna.

Tampoco el príncipe Eugenio realizó la proyectada campaña en Lorena. Luis XIV había enviado á los Países Bajos un nuevo y poderoso ejército mandado por su nieto, el duque de Borgoña, y por el mariscal Vandoma, destinando á esta empresa todas las fuerzas de que aun podía disponer,

(1) Havemann: *Historia de los países de Brunswick y Lunemburgo*, tomo III, pág. 388.

con lo cual los franceses eran muy superiores en número á las tropas de Marlborough. El éxito coronó el primer ataque de los franceses, los cuales atacaron y tomaron, con ayuda de los habitantes que con ellos estaban en inteligencias, las dos principales plazas de Flandes, Gante y Brujas; pero la fortuna cesó pronto de sonreírles. El príncipe Eugenio, llamado por Marlborough, cuya situación era muy comprometida, salió de sus posiciones del Mosela y á marchas forzadas fué á reunirse con su compañero de victoria de Hochstadt. Pronto estuvieron de acuerdo ambos caudillos sobre el plan de campaña que debía seguirse. En cambio, en el campamento francés existían entre el de Borgoña y Vandoma di-

sensiones graves, que quitaban fuerza á las operaciones; así es que la batalla decisiva, concebida y preparada por Marlborough y Eugenio con asombrosa celeridad, les cogió desapercibidos y desunidos. El día 11 de junio de 1708 libróse la batalla de Oudenaarde en la que despues de muchas horas de reñida lucha, á que puso término la noche, el ejército francés quedó derrotado y tuvo que retirarse con grandes pérdidas, dejando en poder de los vencedores 7.000 prisioneros, entre ellos 700 oficiales.

La victoria de los aliados pareció en los primeros momentos tan decisiva, que Marlborough llegó á pensar en dejar á su espalda al enemigo, que se retiraba á Gante, y marchar directamente sobre París, despues de haber situado un cuerpo de observacion delante de Lila; pero, meditándolo mejor, desistió de tan aventurado proyecto, limitándose á ordenar á su caballería que invadiese la Picardía y llegase hasta San Quintin y Peronne. Otra victoria brillante tenían en perspectiva los aliados: el sitio de Lila, la mas formidable de todas las plazas del Norte de Francia, á la cual decidieron poner inmediatamente cerco, seducidos por la idea de que, una vez aquella ciudad en su poder, contarían con una base desde la cual podrían realizar con todas las probabilidades de éxito una invasion en el corazon mismo de Francia.

El memorable sitio duró desde agosto hasta octubre: cuantas tentativas hicieron el duque de Borgoña y Vandoma para libertar con su ejército nuevamente reunido aquella plaza que tenazmente defendía el mariscal Boufflers, fueron inútiles. El día 21 de octubre el mariscal abandonó la ciudad y se retiró á la ciudadela que defendió heroicamente hasta el día 9 de diciembre. Entretanto, la fortuna se mostraba en Bélgica cada vez mas adversa á las armas francesas. El elector Maximiliano Manuel de Baviera, que hasta entonces habia permanecido ocioso en el Alto Rhin, intentó tomar la capital, Bruselas, cuyos pobladores creía adictos á su persona; pero fracasó en su empresa ante la rápida y enérgica intervencion de Marlborough y Eugenio (noviembre de 1708). Poco despues sucumbieron, sin gran lucha, Gante y Brujas que volvieron al poder de los aliados (enero de 1709). Las armas de la Gran Alianza habian sabido conservar victoriosamente la Bélgica, y en el territorio francés, en las murallas de Lila, la mas importante de las adquisiciones hechas por Luis XIV en la guerra de devolucion de 1168, ondeaban entonces banderas alemanas, inglesas y holandesas.

Luis XIV estaba profundamente disgustado, pero no tuvo mas remedio que equipar un nuevo ejército para el año siguiente. De los dos desgraciados generales de aquella campaña, el de Vandoma fué el que incurrió en irreconciliable desgracia del soberano; en cuanto al duque de Borgoña solo le salvó su calidad de sucesor al trono. El mando del «nuevo ejército de Flandes fué confiado al mariscal Villars, el único de los mariscales franceses que aun no habia sufrido ninguna derrota y que, lleno de altanera confianza, habíase recomendado á sí mismo como el salvador de Francia y trabajado para que le pusieran al frente de aquellas fuerzas (1).»

Pero al mismo tiempo el humillado soberano resolvió hacer nuevos y formales ofrecimientos para conseguir la paz y con la esperanza de dividir á sus adversarios trató de presentar primero sus proposiciones á los Estados generales de los Países Bajos, donde ya se manifestaban de una manera muy marcada pacíficas tendencias; pero los holandeses veían demasiado encadenada su suerte á la política inglesa para atreverse á entablar separadamente de sus aliados negociaciones

(1) Véase la característica correspondencia que medió entre él y Mme. de Maintenon que inserta Vogué en su obra *Villars*, tomo I, página 306.

que Marlborough desaprobaba. Desde marzo á mayo de 1709 entabláronse en el Haya negociaciones generales para la paz (2).

En el curso que llevaron puede verse lo que cada una de las potencias aliadas exigía para sí en este estado de la lucha. A los holandeses interesaba, además de un buen tratado de comercio, el establecimiento de la *barrera* por ellos pedida contra Francia y pretendían el derecho de tener guarniciones en un determinado número de plazas belgas, para de este modo poseer un fuerte dique militar contra cualquier ataque de los franceses. Inglaterra exigía de Francia el reconocimiento de la reina Ana y de la sucesion protestante al trono, la expulsion de los Estuardos del territorio francés y la demolicion de Dunkerque. Y una y otra potencia, y con ellas el emperador, manteníanse firmes en el punto capital del programa de la Alianza, es decir, en que todos los territorios que constituían la sucesion española pasaran á poder de la casa de Austria.

También para el Imperio habíanse formulado condiciones de paz que la corte de Viena, en cuanto vió que esta podia llegar á ser un hecho, se apresuró á dar á conocer. En el ánimo del emperador José y de sus consejeros estaba que habia llegado el momento oportuno de ajustar con Francia cuentas que no solo satisficieran las necesidades de aquel tiempo, sino que repararan antiguas injusticias por los franceses cometidas en dias muy lejanos. En este sentido, y como expresion mínima de exigencias justas, se reclamó el restablecimiento de la base de la paz de Westfalia en lo relativo á las relaciones entre Francia y el Imperio. Pero con esto no podia darse por contenta aquella corte, sino que se creyó obligada á pedir el restablecimiento de las antiguas fronteras del Imperio, lo cual era muy ambiguo, ó por lo menos la devolucion de Estrasburgo, la Alsacia y los tres obispados de Metz, Toul y Verdun (3).

Otros deseos, además de estos, se manifestaron en el congreso de la paz celebrado en el Haya, llegando algunos á indicar la idea de que debía aprovecharse aquella ocasion para arrancar de las manos del rey de Francia el Franco Condado de Borgoña y devolverlo á la casa de Austria á la que le habia sido arrebatado por la paz de Nimega de 1678, pues aun cuando en los treinta años desde entonces transcurridos pudo en lo esencial haberse consumado la asimilacion de aquel país con Francia, no faltaban elementos que se resistían á la incorporacion francesa. Besanzon, especialmente, no se sometía con facilidad al nuevo órden de cosas, y así como en la puerta de las Casas Consistoriales de la antigua ciudad imperial veíase todavía escrita en letras de oro la antigua inscripcion *Deo et Cesari Fidelis perpetuo* (4), del mismo modo existían allí indudablemente elementos autonomistas hostiles al régimen francés al cual oponían toda suerte de dificultades. El descontento se habia aumentado en el país desde los comienzos de la guerra de sucesion que tan pesadas cargas le imponía: la situacion en que se habia encontrado en otro tiempo bajo la dominacion española y en cohesion nominal con el Imperio alemán, era mucho mejor que el severo régimen de los franceses. Resultado de todo esto era que en distintos puntos la poblacion estaba dividida en

(2) Además de las importantes *Memorias* del ministro francés de Torcy, véanse las noticias que apoyados en documentos dan Arneth, tomo II, pág. 47, y Noorden, tomo III, pág. 457. También es interesante la Memoria prusiana de Oton de Grumbkow sobre las conferencias del Haya, que publica Droysen, tomo IV, pág. 271.

(3) Arneth, tomo II, pág. 52, segun los protocolos de la conferencia y la instruccion para el príncipe Eugenio de 28 de marzo de 1709.

(4) Que existía en 1690 lo atestigua la *Descripcion detallada y verdadera de los ducados de Lorena y Saboya, del Franco Condado*, etc. (Frankfort y Leipzig, 1690), pág. 803.

dos partidos, el francés y el alemán, que se combatían violentamente. Como era natural, las autoridades francesas se mezclaban en estas contiendas y aun llegaron en una ocasion á mandar aborcar á un cura de Besanzon por sospechas de que estaba en connivencias con los alemanes (1). Había indicios de que existía una conspiracion cuyo centro era la ciudad citada y que contaba con nuevos triunfos de los aliados para declararse en abierta rebelion contra Francia (2).

Todas estas consideraciones hacían pensar que la exigencia de que aquel país volviera á la casa de Austria sería bien acogida en algunos círculos de la poblacion. La vecindad de Francia en el Franco Condado era incómoda para los confederados suyos, al frente de los cuales estaba Berna, que se creían militarmente amenazados por ella y en quienes las últimas derrotas de Francia despertaron la esperanza de que en las futuras negociaciones de paz se les libraria de aquella opresion arrebatando á la nacion francesa el Franco Condado. De aquí que los cantones protestantes se dirigieran al rey Federico de Prusia y á la reina Ana de Inglaterra solicitando de ellos que al tratarse de la paz influyeran para que fuesen demolidas las fortificaciones de Huninga construidas contra todo derecho por Luis XIV y para que «no continuara en poder de Francia el Franco Condado» (3). Los hombres de Estado de la Confederacion deseaban en interés de su propia seguridad la separacion política completa del Franco Condado respecto de Francia: aquel territorio en poder de la casa de Austria era para la Suiza Occidental la mejor barrera que contra Francia pudiera desearse.

No sin fundamento apelaron los suizos á la intercesion de Prusia para el logro de sus deseos. Ya hemos visto que uno de los mas importantes intereses personales que mantenía al rey Federico I encadenado á la Gran Alianza era la cuestion de la herencia de los Orange (4), y uno de los principales dominios sobre los cuales habia poseído la casa de Orange un derecho hereditario que habia transmitido á la casa real de Prusia era el principado de Neufchatel junto con el condado de Valendis, ambos situados en Suiza. El rey Federico I daba gran valor á este derecho y desde hacia muchos años venía negociando con los cantones suizos para, llegado el momento de entrar en posesion de la herencia, asegurarse el consentimiento de la Confederacion á la adquisicion por él de aquel territorio, sobre el cual habia aducido también el príncipe francés Conti pretensiones fundadas en una contraria deducion de derecho. Prusia adoptó todas las medidas preliminares necesarias, y cuando en 1707 falleció la última poseedora oriunda de la casa de Longueville, María de Nemours, realizóse sin grandes dificultades la transmision de aquellos territorios al pretendiente prusiano.

Los estatamentos del principado, que lo que menos deseaban era tener por soberano á un príncipe francés, se declararon solemnemente, en una «sentencia soberana y absoluta» de 3 de noviembre de 1707, favorables al derecho de sucesion del rey de Prusia, y desde aquel momento Federico I entró en posesion del principado de Neufchatel «como príncipe de derecho y de eleccion» y fué con ello vecino inmediato de Francia por la parte del Franco Condado.

Pero también formaban parte de la herencia de la casa de Orange una porcion de importantes posesiones del Franco Condado, señoríos ricos, extensos y bien situados que en parte confinaban con el principado de Neufchatel y ofrecían

(1) Los detalles pueden verse en el libro de Bourgeois que citaremos más adelante, pág. 89.

(2) Véase Ranke: *Historia francesa*, tomo IV, pág. 192.

(3) Memoria del embajador Schmettau en el Haya, fechada en 23 de abril de 1709. Esta memoria la inserta Bourgeois, pág. 241.

(4) Véase más arriba.

un hermoso complemento para este y una magnífica fuente de recursos. El rey Federico I no estaba dispuesto á dejar perder esta adquisicion sobre la cual estaba convencido de tener derechos legítimos, y desde hacia algunos años tenia ordenadas minuciosas investigaciones acerca de la efectividad de los títulos jurídicos que sobre el Franco Condado podia tener la casa de Orange á fin de hacer valer su derecho en las futuras negociaciones de paz.

Y aquí estaba el punto en que coincidían el interés del rey prusiano y el de los cantones suizos protestantes. También á Federico I, como príncipe de Neufchatel, habia de serle muy molesta la vecindad francesa en el Franco Condado, suponiendo y con razon que de ella habian de originarse contiendas é intrigas sin fin; y sobre todo, mientras aquel territorio estuviera en manos de Francia no habian de presentarse como muy factibles las adquisiciones que allí esperaba realizar, pues era casi seguro que el gobierno francés haría todos los esfuerzos imaginables para evitar que Prusia sentara su planta en aquel suelo. Pero aun cuando esto no fuera así, era para el monarca prusiano una situacion en extremo peligrosa la de poseer grandes dominios en el Franco Condado sujetos á la soberanía francesa. Por consiguiente, á Prusia debía parecerle sumamente bien la idea de separar de Francia el Franco Condado. Federico I no pensó nunca, como erróneamente se ha supuesto, en hacer suyo todo el Franco Condado y ensanchar de este modo su principado de Neufchatel hasta convertirlo en un gran territorio prusiano perfectamente unido dentro del país del Jura borgoñon. Para ello, dejando aparte otras cosas, era poco á propósito la posicion política poco influyente que Prusia ocupaba entonces entre las potencias de la Gran Alianza. Quizás entraba mas en sus intenciones lo único que hubiera sido posible dado aquel estado de cosas, á saber: que el territorio reconquistado fuese restituido á su antiguo dueño, la casa de Austria, y una vez puesto bajo la soberanía de esta, podria el rey prusiano entrar en posesion de los bienes del Franco Condado que le correspondían como parte de la herencia de los Orange. La política de Federico I no perseguía allí la realizacion de grandes y aventurados proyectos, sino que buscaba únicamente la reintegracion en su derecho, y Federico creía mas posible lograr esto estando el Franco Condado bajo la soberanía austriaca que continuando bajo la de los franceses. Como, además, esperaba de este modo verse libre de la vecindad francesa en Neufchatel, agradábale en extremo el plan de separar de Francia el Franco Condado, plan que también tenia de ser visto con gusto por la corte de Viena y que armonizaba perfectamente con las tendencias comunes de todos los miembros de la Gran Alianza, que consistían en debilitar y empujarse á Francia.

No se sabe á punto fijo si la proposicion partió de Suiza ó de Prusia ó del Franco Condado, pero de todos modos era expresion del interés de los distintos elementos que en el asunto intervenían y en este sentido el embajador prusiano Schmettau entregó en mayo de 1709 á los diplomáticos asistentes á las conferencias del Haya un memorándum con el lema «*aut nunc, aut nunquam*» en el cual no el gobierno prusiano, sino los habitantes del Franco Condado, se dirigían á la Gran Alianza implorando su auxilio y pidiéndole, por multitud de razones, que los libertara «de la esclavitud que á pesar suyo sufrían desde 1674;» que el Franco Condado volviera á ser admitido en la confederacion del Imperio; que Besanzon fuera reconocida nuevamente como ciudad imperial libre; que esta adquisicion era para la causa de Austria mucho mas importante que la reconquista de la Alsacia, ya completamente afrancesada («los habitantes de Alsacia — decían — son mas franceses que los parisienses»), y que sin la